

su captura, y que esta captura la efectuaron los norteamericanos sin estar de acuerdo con Juárez. Aunque todo lo contrario se desprenda de las pruebas que hasta aquí hemos aducido, recordaremos, á mayor abundamiento, lo dicho á este respecto, por el diputado Juan Mateos, y D. Benito Juárez en distintas épocas.

« Los gritos de victoria lanzados á bordo de la Saratoga, en la noche histórica de Antón Lizardo, dijo aquél el 18 de julio de 1893, proclaman á voces que Juárez solicitó la intervención armada de los Estados Unidos en favor de la causa constitucionalista. » (*Voz*. 18 ag., 1893).

El 12 de marzo de 1860, el *Guillermo Tell*, órgano juarista, reconocía en los Estados Unidos la mano generosa que libró á los liberales de un serio desastre, al capturar la escuadrilla de Marin, y rendía un voto de gracias á su salvador. (*Av.* 12 abril 1860).

En fin ¿qué prueba más fehaciente de todo lo expuesto que la confesión hecha por Juárez á Epitacio Huerta en la siguiente carta cuya autenticidad nunca ha sido cuestionada (*Sinop.* p. 71), y fué escrita el 25 de abril de 1860? « El triunfo de la sagrada causa que defendemos, dice, está asegurado. Un gran pueblo ha hecho alianza con nosotros, y esa alianza, desde el suceso plausible de Antón Lizardo ha dejado de ser un misterio. Siento como usted que la gran familia liberal no haya podido sola sin auxilio del extranjero pulverizar á la reacción y levantar sobre sus escombros los altares de la libertad. Amigo mío, si los Tacubayistas no hubieran explotado el fanatismo de nuestras masas ¿cree usted que Benito Juárez habría pedido ayuda á los Estados Unidos para triunfar de sus enemigos? Nunca jamás. Mi amor á la libertad me hizo dar este paso, y sabe Dios el inmenso sacrificio que me cuesta. Algunos liberales tibios reprueban mi conducta creyendo que sin los vientos del norte podía arribar á la capital de la república para encadenar bajo mis plantas la hidra reaccionaria. Los que así piensan se engañan. Miramón había combinado perfectamente su plan de campaña sobre este puerto baluarte de la libertad, de manera que si los vapores norteamericanos no capturan los buques de Marín y aprehenden á éste, la plaza se rinde y la nefanda reacción triunfa indefectiblemente. Me pregunta usted en su grata que contesto si puede anunciar ya de un modo oficial nuestra alianza con los hijos de Washington, y debo decirle que oficialmente no conviene todavía hacer tal declaración. El pueblo es muy susceptible, de todo se impresiona, y yo quiero mantenerlo en duda. Me acusan de traidor á la patria unos, y otros sabiendo que no hay traición por mi parte, sino una necesidad imperiosa que me obliga á no pararme en los medios para conseguir el fin, me hacen justicia. » (*Av.* 1º mayo 1860).

En aquella ocasión, « el gobierno de Juárez, escribe Villaseñor, permitió que la independencia, la soberanía y la dignidad nacionales fuesen ultrajadas, traicionó á la patria, supuestamente que atentó contra su soberanía, y la humilló llamando á mercenarios que le ayudasen y que trataron con el más profundo desprecio á mexicanos, que derramaron sangre mexicana; pues, compatriotas eran los heridos que hubo á bordo del Miramón y que conservan entre los trofeos quitados á México, las banderas de este buque...

« El partido juarista, batido en todas partes por Miramón, Castillo,

Márquez, Chacón, etc., no tenía á principios del año de 1860 ninguna población de importancia, y su directorio se hallaba circunscrito á la plaza de Veracruz y puntos inmediatos, y no era reconocido más que por los Estados Unidos. En tales circunstancias, el atentado de Turner y la decidida protección de aquella nación le dieron la vida, y una serie de desgracias como la de Silao, ó de defecciones como la de la caballería en Calpulalpan, le abrieron las puertas de la capital, pero no le dieron el triunfo definitivo, pues, aun continuó la lucha.

« Y profundizando un poco más, se ve que los sucesos de Antón Lizardo tuvieron consecuencias más graves de lo que pudiera creerse: ellos trajeron la intervención europea: ellos pusieron de manifiesto que las ideas de Buchanan expresadas ante las cámaras en su mensaje de 4 de diciembre de 1859, y las tendencias no disimuladas de los demócratas sobre una intervención norteamericana en México, no se reducían á meras teorías, sino que empezaban á traducirse en hechos. Antón Lizardo y el tratado Mac Lane hicieron ver á la Europa y á los conservadores amantes de su patria, que la independencia de México estaba amenazada; y fué entonces cuando se pensó en un remedio radical que salvase á la nación en peligro, y cuando se recordaron ciertas combinaciones ya olvidadas.

« El triunfo del partido demagogo y los desaciertos que cometió precipitaron los acontecimientos y determinaron la intervención; que ya está demostrado que fué por culpa del partido liberal.

« Antón Lizardo quedará indeleble en las páginas de nuestra Historia como un borrón para ese partido, que nada ni nadie podrá desvanecer. »

## CAPÍTULO XI.

*Derrota de Miramón en Calpulalpan. — Entrada de Juárez á México, y destierro de los obispos y diplomáticos. — Juárez electo presidente por una escasa mayoría. Su inacción y falta de energía. — Peculado de los ministros de Juárez. — Recrudescencia de la persecución religiosa. — Anarquía en la sociedad mexicana, y deseo de la intervención extranjera. — Suspensión del pago de las deudas convencionales, causa inmediata de la intervención tripartita. — Empeño de Juárez en vender á los Estados Unidos é Inglaterra la soberanía nacional. — La ley mortuaria de 25 de enero de 1862.*

**M**ERced al triunfo alcanzado en Calpulalpan por González Ortega sobre las tropas de Miramón, Juárez pudo entrar á principios de enero de 1861 á la capital, « donde fué recibido con inmenso temor » (*Imp.* t. 1. p. 94), señalándose su entrada con el asesinato cometido en un valiente periodista católico con cuyas citas venimos documentando estas páginas.

« Don Vicente Segura Argüelles, propietario y redactor del *Diario de Avisos* en que se hizo guerra dura y sin tregua á la causa y á los hombres ahora triunfantes, había sido varias veces amenazado por ellos, y se propuso salir armado con las fuerzas de Miramón; pero al ver que éstas se disolvían ó que estaban enteramente desorganizadas, resolvió á última hora quedarse en la capital, y á las siete de la mañana del 25 de diciembre se hallaba en la casa de unos parientes suyos en la calle de Corpus Christi, por la cual entraba una guerrilla procedente del rumbo de Tacubaya. Parece que un criado denunció al jefe la existencia de una persona allí oculta, y que, por las señas, se sospechó fuese un antiguo jefe de policía. Uno de los oficiales penetró pistola en mano, preguntando por dicho jefe á la señora de la casa, quien contestó que no estaba en ella. Segura, que tomaba chocolate en la sala, atravesó por el corredor dirigiéndose á la azotea: quiso el oficial seguirle; y como la señora se lo impidiese abrazándosele, disparó sobre aquél á tiempo que subía por una escalera, y le hirió en una mano y un muslo. Segura entonces disparó sobre el oficial dejándole muerto, y salió por una casa contigua cuyos moradores le instaban á que se detuviera; no accedió á ello temeroso de comprometerlos, y, pidiéndoles un sombrero, se lanzó á alguno de los callejones que desembocaban al frente de la Alameda; pero en vez de tomar hacia el sur, con lo cual se habría tal vez salvado en el laberinto de plazuelas y rincones á que dichos callejones guiaban, se dirigió á la calle de Corpus Christi yendo á dar á manos de sus perseguidores. Al poner el pie en el estribo del coche en que iba á ser llevado á la Diputación, fué nuevamente agredido, y, victoreando á la religión y haciendo uso del resto de los tiros de su pistola á su vez, cayó muerto á manos de sus contrarios. » (*Roa*).

Para vengarse de las naciones que habían reconocido al gobierno de Zuloaga y Miramón, Juárez cometió la torpeza de expulsar de México á los representantes de España, de Guatemala, de Roma y del Ecuador, y así se enajenó las simpatías de las naciones con las cuales México mantenía relaciones diplomáticas, en un momento en que tanto las iba á necesitar. « Todo el cuerpo diplomático, dice su antiguo Ministro, León Guzman, estaba resentido por el destierro del embajador español; y en resumen, el gobierno de México no tenía como amigo sino al ministro americano. Mr. Corwin. » (*Per.* p. 83) « Contra la expulsión de los ministros, agrega Frías y Soto, protestaron los órganos más caracterizados del partido liberal. » (p. 50).

Casi al mismo tiempo (16 de enero) Juárez dió orden para que fuesen desterrados del país el arzobispo de México, y los obispos D. Joaquín Madrid, D. Clemente de Jesús Munguía, D. Pedro Espinosa y D. Pedro Barajas. « Esta segunda medida fué duramente censurada por los órganos más caracterizados de la prensa liberal, considerándola opuesta á la Constitución, y dió origen á que la Legislatura de Guanajuato excitara á Juárez á fin de que no se excediera en el uso de sus facultades extraordinarias; pues, en vez de un extrañamiento arbitrario, los obispos debían ser sometidos á juicio y sentenciados conforme á la ley, como se hacía con cualquier reo político. Igual censura mereció la suspensión de algunos magistrados de la

Suprema Corte, antes de que el gran jurado hiciese la declaración de haber lugar á formación de causa. Por último, el destierro de D. Isidro Díaz, Ministro de Miramón, aprehendido en Jico, y que al saberlo, había dispuesto el gobierno que fuese inmediatamente fusilado, mediante la identificación de su persona, puso el colmo á la exaltación de la prensa que condenó en los términos más severos aquella conducta en que veía el falseamiento de la revolución, y la arbitrariedad convertida en sistema. No sólo esto, sino que el desacuerdo surgió en el mismo gabinete, y el 16 de enero de 1861 presentó su renuncia D. Juan Antonio de la Fuente, especificando las razones que dejamos mencionadas y que le obligaban á dar aquel paso, y el día siguiente hicieron lo mismo, Llave, Emparán, González Ortega y Ocampo. » (*Vig.* p. 448. *Glor.* p. 57). « Al ver éste, el poco respeto de Juárez guardaba á las instituciones, y conociendo su desmedida ambición, se retiró, dice Manuel Márquez de León, profiriendo aquellas memorables palabras que con avidez ha recogido la Historia: Yo me quiebro, pero no me doblo. »

El General Juan N. Mirafuentes, que ocupó como suplente en la cámara de diputados el lugar del General Díaz (*Men.* 19 abril 1871), nos revela en las líneas siguientes algunas causas más de las muchas que hicieron estallar en contra de Juárez esa oposición formidable del partido liberal. « Desde Veracruz inició Juárez esa política de círculo personal, exclusiva, ingrata, mezquina y egoísta que ha desarrollado ampliamente en estos últimos años. Todos los empleos y comisiones lucrativas eran para sus favoritos. Los buenos servidores del país eran postergados, el bien público subalternado á los intereses de pandilla. Esto, unido á la conducta antipatriótica respecto del proyecto de intervención americana, y á su política de dejar hacer, que observó en Veracruz, hicieron que al día siguiente del triunfo del pueblo, se formara contra Juárez una oposición fuerte que tenía por base la opinión pública, y por tendencia la observancia de las leyes inspiradas por la Reforma. Juárez, abusando del poder, se hizo elegir Presidente cuyo trabajo facilitó mucho la muerte misteriosa de D. Miguel Lerdo de Tejada, su rival en las elecciones, y cuya candidatura fué verdaderamente popular. » (*Men.* 22 marzo 1871).

El 11 de junio de 1861 la cámara declaró Presidente á D. Benito Juárez, y con la votación que hubo con tal motivo, « indicó claramente, dice Vigil, que Juárez contaba con una mayoría bien escasa; pues, de los veintiún miembros de la comisión escrutadora, diez presentaron voto particular, diciendo que á su juicio no tenía Juárez la mayoría necesaria de votos, y reproducían su dictamen presentado anteriormente, consultando que el Congreso procediera á elegir entre los candidatos que habían obtenido el mayor número, y el artículo que declaraba Presidente á Juárez fué aprobado por 61 votos contra 55, es decir, por una mayoría de 6. » (p. 464).

Aun después de esta laboriosa elección, siguió la oposición á Juárez, tanto en la prensa como en el Congreso quien le pidió dejara la primera magistratura en manos de González Ortega á quien, en caso de renunciar Juárez, le correspondía el puesto por la Constitución, como Presidente de la Suprema Corte de Justicia. « El actual gobierno, decía *La Independencia*

(25 mayo 1861), debe comprender que ha llegado la hora de la abdicación, y nosotros excitamos al Ejecutivo á que declare terminantemente su voluntad de no seguir en el poder, para que lo reemplace persona más afortunada. De este modo alcanzará un voto de gratitud que no tardarán en acordarle los pueblos que no se verán más tiempo sacrificados por la vacilación y la apatía. »

La apatía ó « inacción de Juárez, escribe un defensor suyo, no era la inacción de la pereza, sino el resultado de las deficiencias de su espíritu... Frente á la hostilidad diplomática, Juárez mantenía una resistencia enérgica, pero inerte. » (Per. p. 70, 80) « Ha habido, decía Zarco, cierto sopor, cierto marasmo en las regiones del poder; y de la inacción no lo han sacado ni las terribles advertencias de la reacción. » Más claro: Juárez era inepto para el puesto que ocupaba. « En medio de tanto desconcierto, decía el diputado Ignacio Altamirano, el Presidente de la república ha permanecido firme, pero con esa firmeza sorda, muda, inmóvil que tenía el dios Término de los antiguos. La nación no quiere ésto, no quiere un guarda-cantón, sino una locomotiva. El señor Juárez siente y ama las ideas democráticas; pero creo que no las comprende, y lo creo porque no manifiesta esa acción vigorosa, continua, enérgica que demandan unas circunstancias tales como las que atravesamos. » También el representante de Inglaterra, Mr. Mathews, escribía (12 mayo 1861) á su gobierno que « Juárez carecía de energía. »<sup>1</sup> « Esta opinión de que Juárez era falto de energía, agrega uno de sus panegiristas, se repetía, se acentuaba y llegó á ser aceptada como una verdad oficial en el gabinete y en la cámara de diputados. Cuando éstos se reunieron y el presidente solicitó del Congreso el permiso necesario para que Guzmán y otros diputados aceptaran carteras de secretarios de Estado, el presunto jefe de gabinete, Guzmán, de acuerdo con Juárez leyó en la cámara un programa que incluía la petición de facultades extraordinarias fundada en argumentos que aceptaban las acusaciones de la oposición. Sin que yo pretenda hacer la apología del señor Juárez, decía Guzmán, reconozco con pena que le falta un poco de actividad, un poco de espíritu de iniciativa. » (Per. p. 79).

<sup>1</sup> A consecuencia de esta incapacidad y de los desatinos que cometió Juárez á su entrada á la capital, 51 diputados al Congreso, secundando los deseos de la opinión pública, elevaron una manifestación á Juárez en que se le pedía que dejase la presidencia. « La desmoralización, decían los diputados, se ha entronizado en todas direcciones, y luchando el Ejecutivo con la falta absoluta de recursos, se ve el país amenazado por la guerra extranjera... 'Esto es porque ha faltado vida y acción en el centro que ha visto desaparecer en menos de cien días inmensas riquezas acumuladas por el clero en tres siglos.,

<sup>1</sup> Otro rasgo de la energía indomable (!) de Benito Juárez: « Doblado impuso condiciones caprichosas como la de que se revocara el nombramiento de D. Juan Antonio de la Fuente que había salido para los Estados Unidos como Ministro de México. Juárez que llegó á considerar á Doblado como hombre necesario, se plegó á su exigencia, y en lugar de La Fuente nombró á D. Matías Romero. » (XXX. Porfirio Díaz. p. 342).

que no ha podido cumplir una sola de las promesas que ha hecho al país., que por último se ha visto obligado á los cuatro meses de existencia, á buscar los medios de sostenerla en las fuentes mismas á que ocurrió la reacción caduca y moribunda en los últimos instantes de su agonía... Creemos que para consumir una gran revolución, no son bastantes los títulos legales, es necesario el tacto político; creemos que para mandar á un pueblo que tiene la conciencia de su fuerza, no alcanza la conciencia de la ley., y que el único gobierno posible es el basado sobre el prestigio y el amor de los pueblos; prestigio y amor que desgraciadamente ha perdido de todo punto el actual personal de la administración. » En resumen, y según dijo el General Márquez de León, « se exigía á Juárez renunciara la presidencia por incapacidad. Había 50 votos por 49; y para salvarlo del ridículo, fué preciso mandar dos diputados de Sinaloa que llegaron á tiempo para ganar la votación. »

Los diputados de la oposición hacían hincapié principalmente en « la desmoralización que se había entronizado en todas las direcciones; » y en ésto les conceden la razón todos los liberales á quienes no ciega un culto idolátrico para con Juárez. Según Rivera, « grandes eran los obstáculos con que tropezaba Juárez para adquirir recursos; pero eran mayores los que provenían de la falta de moralidad, de imparcialidad y de justicia, condiciones indispensables para dar majestad á un gobierno. En muchos de los que estaban á la cabeza de la política, faltaba la austeridad republicana, y se excedían en abusos propios tan sólo de la dictadura; abandonaban la grande obra de la regeneración nacional para ocuparse en fomentar miras secundarias...

« Para proporcionarse recursos, usó el gobierno de veinte mil pesos pertenecientes al fondo de la convención francesa, depositados en el monte de piedad. »

« Juárez pervirtió las conciencias y amenguó mucho la moral, porque encubrió el peculado, consintió en que á su vista fueran cercenadas las rentas públicas, abrió una subasta pública para los diputados que fueran á votar tales y cuales negocios. » (Paz.)

Tan general y público era el peculado que cuando por renuncia de Guillermo Prieto, aceptó Mata la cartera de Hacienda y entró al despacho de los negocios (22 de abril de 1861), *El Siglo XIX* dijo, al anunciarlo, « que tal suceso era esperado con ansia por los amantes de la moralidad y la justicia, y que le lisonjeaba la certidumbre de que el nuevo Ministro no burlaría las esperanzas que su llamamiento al gabinete había hecho concebir á la nación, y de que entraría al ministerio armado con el látigo con que el Salvador entró al templo para echar de él á los mercaderes que lo profanaban. » (Gal. t. 2. p. 40).

« En una de las primeras sesiones del Congreso, un diputado interpelló á quien correspondía, para que se aclarara qué había de cierto en la percepción de 27 millones, 400,851 pesos de bienes del clero y su derroche. » (*La Independencia*. 24 mayo 1861).

« Examínese el segundo semestre de 1861, escribe Zamacona, y se verá que Juárez siguió disponiendo de valores nacionalizados sin los requisitos legales, y sin conocimiento del gabinete de cuya responsabilidad colectiva era este negocio. » (Men. 23 enero 1871).

« Había entonces tal despilfarro, tal ineptitud, que los actos más vergonzosos tenían lugar. Un manifiesto circuló en esos días del señor Pérez Gallardo, en que daba cuenta á la nación, de haber renunciado la administración de los bienes confiscados, porque en cuarenta días tenía entregados al gobierno catorce millones de pesos, y no había ni con qué cubrir el haber diario de la guarnición, » (*Márq.*) cuando las bayonetas de los soldados, ya que no la opinión pública, eran el único sostén del gobierno liberal.

El 18 de marzo de 1861, el ministro de Hacienda, D. Guillermo Prieto, declaraba que « el deficiente mensual era de cerca de \$ 400, 000. » El 22 de mayo, es decir, « cinco meses después de haber ocupado más de 62 millones de bienes eclesiásticos, Juárez proclamaba la bancarrota nacional, pidiendo recursos al Congreso, y luego exigiendo un préstamo forzoso de \$ 750,000... Jamás gobierno alguno en México dispuso de tales recursos ni los dispuso más rápidamente. Dos semanas después, el 4 de junio, decretó el Congreso la siguiente ley de rapiña: « Se faculta al gobierno para que se proporcione recursos de cualquiera manera con el fin de destruir á la reacción. » (*Imp. t. I. p. 102-105*).

Tan precaria era la existencia de este gobierno de farándula que « si en los primeros momentos del triunfo liberal, pudo creerse en la derrota definitiva del bando contrario, vióse pronto que nuevas partidas amenazaban hundir de nuevo al país en los horrores de la guerra civil. » (*Vig. p. 453*) « Los restos de la reacción, decía azorado Francisco Zarco (junio 1861), pululan por todas partes. » « Hasta San Joaquín, en las goteras de México, llegaban las fuerzas de Gálvez y plagiaban al Sr. Schiaffino, » (*Riv.*) no contando Juárez, para defenderse, sino con tropas desafectas á su gobierno, según lo confesó el General y Diputado Leandro Valle cuando dijo, en la sesión del 1º de junio de 1861: « De los 20,000 hombres que la revolución ha traído á la capital, no ha habido uno que no sea forzado, y es porque en nuestras masas hay poco espíritu público y pocas ideas. »

En circunstancias tan azarosas, hubiera sido de buena política no echarse encima nuevos enemigos; pero á Juárez le faltaba, como se lo dijeron en su manifestación los 50 diputados, « tacto político; » y esta falta lo precipitó á privar de sus derechos de ciudadano á las personas que teniendo que desempeñar algún puesto público, rehusasen prestar el juramento de la Constitución y leyes de Reforma. Aquella disposición, que pugnaba con la libertad de conciencia escrita en el código de 57, encontró, dice Zamacois, una oposición terrible, y fué causa de que por ella muchos se viesan suspensos de los derechos de ciudadano.

Juárez siguió con la expulsión de las monjas, y por decreto de 3 de septiembre de 1862, prohibió á los sacerdotes usar fuera de los templos vestido determinado para su clase, y cualquier otro distintivo de su ministerio; pues, había prometido en su proclama (10 enero 1861) que « la libertad sería una realidad magnífica, » y tenía que cumplir su promesa. « Muchas páginas, dice Arrangoiz, se necesitarían para hacer una relación completa de los notables y escandalosos hechos del gobierno de Juárez en los cuatro primeros meses de 1861, respecto de las cosas de la Iglesia. »

« Desde luego pudo verse que Juárez estaba resuelto á seguir una marcha de severidad desusada, » (*Vig. p. 446*) que á muchos demagogos pareció, sin embargo, culpable debilidad. « El gobierno, clamaba el diputado Altamirano, desterró á los obispos en vez de ahorcarlos, como merecían esos apóstoles de la iniquidad, perdonó á Isidro Díaz cuyo cráneo debía estar ya blanco en la picota. »

Para satisfacer sus instintos sanguinarios, los antropófagos del Congreso compraron, el 5 de junio de 1861, cabezas humanas, ofreciendo \$ 10,000 por la de Zuloaga, Leonardo Márquez, Tomás Mejía, José María Cobos, Juan Vicario, Lindoro Cajiga y Manuel Lozada. 'A los tres meses de publicado el decreto, fué fusilado, de orden de Carvajal, el guerrillero conservador Marcelino Cobos, cortada su cabeza del tronco del cuerpo, enviada en un cestito á México, y presentada el 10 de septiembre de 1861 á los diputados y por ellos aceptada en los momentos de la sesión.

« Querer establecer la paz entre sangre y entre cadáveres, decía Ortega, es la obra de los déspotas y de los tiranos. » Pues bien, con sangre y cadáveres pretendía Juárez « atraer sobre México, como dijo en un arranque de vanidad, (10 de enero de 1861) la consideración de todos los gobiernos y las simpatías de todos los pueblos libres y dignos de serlo. » Era tanta su fatuidad, que á pesar de estar su patria en visperas de ser invadida por causa de la conducta incorrecta por él observada con las naciones extranjeras, y no obstante ver la existencia de su gobierno continuamente amenazada por las partidas de los conservadores que llegaban hasta los arrabales de la capital, se atrevió á lanzar en una proclama la siguiente andaluzada: « En adelante, no será posible mirar con desdén á la república mexicana, porque tampoco será posible que haya muchos pueblos superiores á ella, ni en amor y decisión por la libertad, ni en el desenvolvimiento de sus hermosos principios, ni en la realización de la confraternidad de todos los pueblos y de todos los cultos. »

Haciendo á un lado las baladronadas de Juárez, no hay duda de que en aquellos días el estado de la sociedad presentaba muy mal cariz. « Proscritas de las regiones del poder, el honor y el patriotismo; la propiedad y el trabajo señalados como crímenes; el fraude enseñoreado de los caudales públicos; muda la justicia; acongojada y temerosa la virtud; y elevados al rango de virtudes cívicas el asesinato y la expropiación; tal era la verdadera situación de México hasta 1863 » (José de Jesús Cuevas. *El Imperio de México. 1864.*)

« México en aquel tiempo estaba en el más completo estado de anarquía: pululaban en los campos las partidas de ladrones que saqueaban las fincas; los pronunciados y las tropas del gobierno vivían sobre el país. Nadie tenía ya más esperanza de ver restablecido el orden sino por una intervención europea. Hasta uno de los mayores enemigos del partido conservador y católico convenía en ello. Mr. Mathews, encargado de negocios de Inglaterra, protestante, gran partidario, porque perseguían al catolicismo, de los republicanos de los cuales se constituyó en agente secreto, — y, según Bulnes, (*Ver. p. 79*) uno de los pocos diplomáticos correctos, inteligentes, cultos

y bien intencionados para México; pues bien, — Mr. Mathews, á pesar de toda su simpatía por el gobierno de Juárez, no podía negar la mala administración de sus protegidos, y aunque calumniando echaba la culpa á sus adversarios, manifestaba la necesidad de una intervención. « Los recursos del gobierno, decía en despacho de 12 de mayo á Lord Russell, provienen de adelantos hechos por los particulares, ó de bonos emitidos por sumas de consideración, pagaderos al fin de la guerra, y de la venta actual de una gran parte de los bienes de la Iglesia, á 25, 20 y hasta 15 por ciento del valor que se les supone. Por los precedentes detalles, comprenderá V. E. á primera vista la situación precaria de México, y que son inevitables su desmembramiento y la bancarrota nacional, si no hay alguna intervención extranjera... La destrucción de las iglesias y de los conventos en todo el país ha herido los sentimientos religiosos de una población fanática, y los frailes dispersados van soplando en el pueblo el fuego del descontento que lo alimentan las mujeres que están todas en favor de la Iglesia. » (*Arr.*)

Mr. Wyke, sucesor de Mr. Mathews, al denunciar á su gobierno lo que él llamaba « las picardías de las autoridades mexicanas, » proclamaba él también la necesidad de una intervención extranjera. « El gobierno de Juárez, decía, es tan corrompido como impotente... Hay poca esperanza de obtener justicia de semejante pueblo, excepto empleando la fuerza para exigir con ella lo que la persuasión ó las amenazas no han podido conseguir hasta ahora. » (*Arr.*)

Echeverría, ministro de Juárez, abundaba en el sentido de Mr. Wyke y decía « que para México no había más salvación que en una intervención extranjera. » (*Dom.*)

Pocos meses antes, « Santos Degollado, escribe Gustavo Baz, tuvo que hacer proposiciones á los jefes reaccionarios en las que se aceptaba hasta una mal disimulada intervención extranjera. » Igual cosa había hecho González Ortega.

No creyó, pues, el partido conservador que nadie pudiese tacharlo de traidor, ni negarle el derecho de pedir auxilio extraño para vencer á sus contrarios, cuando éstos habían sido los primeros en mendigar la intervención armada de los norteamericanos. Según el criterio de un escritor liberal, « es traidor el que apela á las armas extranjeras para resolver una cuestión interior en su país; no es traidor el que apela al auxilio de las armas extranjeras para combatir al ejército extranjero que lo ha invadido. » (*Ver.* p. 330.) Como se ha visto ya en el transcurso de esta Historia, los liberales lograron derrocar á Miramón, únicamente por el auxilio que en Veracruz y en Antón Lizardo les prestaron los Estados Unidos.

Si los liberales han sido los primeros en llamar en su auxilio la intervención extranjera, á ellos también se debe la intervención europea que Juárez provocó á sabiendas y neciamente con su decreto de 17 de julio de 1861, en cuya fuerza suspendía por dos años los pagos de las asignaciones á las convenciones extranjeras. La torpeza, terquedad y falta de tacto político de Juárez se manifiestan con tanta evidencia en ese caso, que sus más intrépidos panegiristas, como Pereyra, abandonan su defensa y, aparentando cierta

imparcialidad, le hacen responsable del diluvio de males que causó á México la intervención europea. « La campaña contra Leonardo Márquez, dice, peligraba por falta de recursos, y antes que resignarse á perder una ocasión decisiva, Juárez inició la suspensión de pagos que era, en aquellas condiciones, algo semejante á la ocupación de una conducta ó á la extracción de los fondos depositados en la legación británica; pues, el objeto inmediato de la suspensión era el apoderamiento de numerario destinado á los acreedores. » Tanto más criminal era esta providencia cuanto que, según dijo el representante del gobierno inglés, « la suspensión de pagos al tiempo que México había gastado seis millones en seis meses, era una vergonzosa falta de probidad que en ningún grado admitía excusa. »

Mucho menos la admitía, si se tiene en cuenta lo que el jefe del Gabinete, D. León Guzmán, refiere tocante á la necia terquedad con que Juárez obró en aquellas circunstancias: « Pocos días después, se volvió á insistir sobre la suspensión del pago de las convenciones. El señor Juárez nos propuso la idea, y también y con mayor motivo esta vez, aplazamos la emisión de nuestro juicio. Una nueva tentativa cerca del cuerpo diplomático nos dió por resultado el convencimiento de que ese paso serviría á los gobiernos europeos para un rompimiento ruidoso; y que, en consecuencia, vendrían á intervenirnos. Manifestamos ésto al señor Juárez como un mero temor nuestro, y no le impresionaron nuestras observaciones; le aseguramos entonces que era un hecho positivo; y como tampoco quisiese creernos, nos vimos precisados á circunstanciar los hechos y revelarle, con la reserva debida, el conducto por donde los conocíamos. Manifestóse muy sorprendido, y por esa vez no hablamos más. Al día siguiente nos volvió á instar por la suspensión de pagos de las convenciones: le recordamos nuestras manifestaciones de la víspera; y como á pesar de ellas insistiera resueltamente, le anunciamos que ese mismo día presentaríamos por escrito nuestra dimisión. »

« Ese sistema de arbitrariedad en los pagos, dice Ignacio Ramírez, es el escándalo que la Europa ha invocado para justificar la Intervención que la mayor parte de los juaristas provocaron; » (*Cos.* t. 21. p. 377) « fué un paso desacertado, » escribe José María Iglesias; « provocó la Europa á que buscara la alianza del partido conservador y justificó una invasión á mano armada, » afirma Manuel Márquez de León, y según un defensor de Juárez, « fué una catástrofe nacional y el término de una carrera de desaciertos. Los estadistas mexicanos han fallado contra Juárez y contra el Congreso que votó la ley, » (*Per.* p. 70 y 85) diciendo con Cosmes que « la anarquía y los abusos fueron la causa de la guerra extranjera » (t. 20. p. 339.)

En aquellos momentos críticos, Mr. Corwin, representante de los Estados Unidos en México, ofreció á Juárez, de parte de su gobierno, un préstamo que le ayudara á saldar la deuda que México tenía con los tenedores de bonos mexicanos, y así desbaratará la intervención europea en los asuntos de México, con tal que Juárez diera en hipoteca los terrenos baldíos de varios Estados de la frontera, que llegarían á ser la propiedad absoluta de los Estados Unidos, si el reembolso del préstamo no se hubiese efectuado antes de seis años.